

## El docente en medicina

El profesor continúa siendo el generador de energía en el proceso educativo. A pesar de que en nuestro modelo de docencia aceptamos que el alumno es el centro de este proceso como elemento más importante y que en el mismo hacemos notar que cuando lleguemos a contar con alumnos que tengan un servomecanismo, es decir autorregulación, autocontrol y autopromoción, lograremos una de las metas más importantes dentro de la Educación Médica; el profesor continúa siendo quien otorga la estructura y la posibilidad uniforme de la información, de la actitud, de la destreza, de la metodología, en sí de todo aquello que en un momento determinado logre dar la forma y la posibilidad de ser, al nuevo individuo, al nuevo médico.

En el momento actual, de acuerdo a la complejidad de los propios conocimientos médicos y a la evolución que ha seguido la enseñanza de la medicina, el profesor ha debido sufrir también una transformación de la concepción original en la que era el único poseedor del conocimiento y por ende de la verdad aceptada; el profesor en la actualidad se ha transformado, o debe transformarse, en un modelo a seguir por parte de los jóvenes que desean ser médicos y que traducen la estructura y la función de un alumno humilde y perenne para que a través de esa proyección logre imbuir a sus propios alumnos los dos pilares fundamentales de su actuar como maestro, la crítica permanente fundamentada y el reconocimiento de una evolución siempre constante que requiere de un cuestionamiento y una actualización que favorezcan su propio desarrollo y de esa manera, el desarrollo de la ciencia.

En este contexto, el profesor en la actualidad, como en tiempos pasados, debe proyectar su inquietud y conocimiento a partir de una estructura de valores éticos bien reconocida y ésta sí, inmutable, además de un com-

portamiento que nosotros deseamos basar reiteradamente en la filosofía hipocrática de la cual se desprende el antecedente más importante que el actuar del profesional en medicina, emplea en nuestra época.

Los impactos que en tiempos recientes ha sufrido el profesor de medicina, no solo se concretan a aspectos puramente cognoscitivos de la propia ciencia médica, sino que trascendiendo los límites del saber y del quehacer médico, el profesor de medicina requiere estar al tanto de los aspectos tecnológicos de la enseñanza moderna, además de estar convencido y ser un buen conocedor de los procesos psicofisiológicos que entrañan el aprender y que influyen en el enseñar.

No contento con toda la problemática anterior, el educador médico debe ser un sujeto comprometido con su tiempo y con su sociedad, lo que implica tener una ideología y ser participe de las necesidades y alternativas que se planteen en la sociedad que le tocó vivir, o en el mejor de los casos, él mismo exponga.

La acción de formar médicos era en el pasado no lejano, una acción colateral que requería motivación y una mediana dedicación, esto de ninguna manera resta méritos a quienes en el pasado supieron, con su ejemplo, formar a todas las generaciones ulteriores; sin embargo, en la actualidad el ser educador médico requiere de un elemento fundamental para el logro de un desempeño acorde con las necesidades exigidas por la ciencia y la educación, esto es la profesionalización. El educador médico requiere en nuestro momento, ser y tener una verdadera profesionalización de su acción de enseñar y esto conlleva la gran responsabilidad de continuar siendo médico o investigador o administrador, pero que en todos los casos ya sea en la clínica, en el laboratorio o a través de las acciones de planeación, puede conjugar su preparación intrínseca con la del educador formal que requiere un reconoci-

miento estructurado y proyectivo.

La profesionalización del educador médico viene a ser en esta época una necesidad sentida y un requisito para el mejor funcionamiento de nuestros cuadros docentes, ya que el facilitar que la acción cotidiana bien reconocida conjugue el esfuerzo con la de educar formalmente, asegura la estabilidad profesional, motivacional y actitudinaria de quien tiene la responsabilidad de formar nuevos médicos.

El profesor requiere de reconocimientos de su labor educativa, de su calidad como guía y orientador, de sus bases éticas y morales, de su proyección docente en las diversas áreas del conocimiento y la academia y por último, el profesor médico requiere de una retribución económica, material, que equilibre sus necesidades y le permita continuar renovando cada día su motivación y actitud de saber, de servir y de enseñar.

Las escuelas y facultades de medicina, en la actualidad, cuentan con dos tipos primordiales de educadores médicos; aquellos procedentes de las áreas básicas en las que por su formación y dedicación, están inmersos en el ámbito universitario y aquellos profesores procedentes de los campos clínicos, en donde su actividad en la práctica médica hace que su dedicación y proyección sea compartida; en ambos casos, los profesores requieren de una estructura sólida en el campo de la educación para mejor proyectar su propio conocimiento e inquietud, evitando de esa manera los ejemplos de grandes conocedores del área que son incapaces de traducir su propia experiencia al proceso docente. Estos profesores deberán ser el ejemplo a seguir por parte de los educandos y difícilmente esperaremos encontrar resultados diversos a los que brinde una oportunidad docente habitual.

La evolución de los procesos de enseñanza, también ha influido en el quehacer del educador médico obligándolo no solo a profesiona-

lizarse, sino estructurar su tipo de actuación y proyección para un mejor logro de los objetivos docentes de la Facultad; esto se traduce con la formación de grupos de docencia que tienen como meta fundamental la división del trabajo docente que puede incluir la administración del mismo.

Los grupos de docencia sirven como vínculo entre las necesidades y problemas del propio alumno con las estructuras de planeación e investigación educativas relacionadas con los niveles de autoridad y decisión de la propia Facultad.

Estos grupos de docencia formados por los propios profesores influyen de manera directa en la actividad cotidiana de enseñar ya que, bien por el establecer normas, tipos de funcionamiento y aún límites de acción, sirven al profesor como un punto de referencia que difícilmente puede soslayar; pero además, la división del trabajo docente hace surgir un elemento que también modifica la labor tradicional del profesor en medicina y es la especialización.

Dentro de estos grupos docentes existe la necesidad de consolidar información, metodología, programación y evaluación de diversos tópicos del propio proceso educativo que nos llevan al surgimiento de áreas de mayor complejidad manejadas por unos pocos, esto es a la especialización; pudiendo reconocer a

los especialistas en producción de material audiovisual, planeación y programación, metodología de evaluación, técnicas de enseñanza y manejo de grupos, etc., que enriquecen a lo largo de su actividad el propio quehacer del profesional en educación médica.

Todo lo anterior nos lleva a establecer una visión mucho más amplia de lo que el tradicional profesor de medicina venía traduciendo a lo largo de los últimos años. Nuestros profesores actuales deben ser y constituir la vanguardia de la educación médica en todos los órdenes, pero sobre todo en su comportamiento profesional que incluye todos los factores arriba mencionados. Este profesor deberá comportarse dentro del modelo de docencia que hemos concebido, como el elemento regulador del mismo; hasta ahora su papel ha sido el de desencadenar y a veces generar la energía como ya decíamos, dentro del proceso educativo, pero ahora, deberá ser exclusivamente el regulador y catalizador cuando así lo requiera dicho proceso.

Un profesor que de esta manera proyecte su saber en el ámbito universitario, será el pilar a partir del cual se sustente el difícil y nunca acabado edificio del saber.

DR. ROBERTO URIBE ELÍAS  
Secretario de Educación Médica.  
Facultad de Medicina, U.N.A.M.